

Silencio y Resplandor

A la Memoria de Raúl Armando Hernández Arteaga

Jalal Othman Nasif Arciniegas¹

Resumen

Raúl Armando Hernández Arteaga, un hombre que, tras su partida, permite configurar y reconfigurar la reflexión sobre la naturaleza efímera de la existencia. Sus palabras, su voz y su presencia siguen resonando en el vacío que dejó tras de sí. En las líneas siguientes de esta escritura, quisiera describir, con paciencia interminable, los trayectos profundos que se interpelan sobre la muerte, enfrentados a la dificultad de dar nombre al duelo y a la pérdida; su legado de bondad ilumina el sendero triste de la muerte subvertida en silencio y resplandor, recordándonos que, aunque físicamente ausente, su espíritu permanece vivo en los corazones de quienes supieron habitarlo.

Palabras clave: alteridad, duelo, muerte, otredad, resplandor, silencio.

El Silencio como Memoria

Sería pertinente abrir esta ventana narrativa con la interpretación minuciosa que hizo el diácono Raúl Armando Hernández Arteaga y otros autores (2007), acerca del significado de la palabra felicidad en su libro *Teleología. Hacia el futuro deseable* en donde se arguye que el hombre que busca ser feliz, debe comprender que la meta fundamental se encuentra cifrada por criterios de felicidad intrínsecos al recorrido existencial de su vida.

Aún no logro recordar cuándo leí o escuché su nombre por primera vez, y después, cómo llegó a convertirse en uno para mí. Hoy mismo recuerdo una palabra que me fue destinada por él, sin serme dada antes, hace ya dieciocho años. En vísperas de un evento de clausura, en el teatro de la Institución Educativa Ciudad de Pasto, en el que se me había pedido alzar la voz en representación de un puñado de jóvenes estudiantes a través de unas palabras dirigidas, fui despojado del poder de tomar la palabra, sin restricciones. Fue Raúl Armando, quien me dijo *“que todo sea dicho”*, y entonces comprendí que decirlo todo, como si no existiera más que una urgencia, no es solamente la movilidad de la vida, sino lo imprevisible que en ella introduce la extrañeza del final.

¹ Magíster en Neuropsicología y Educación, Universidad Internacional de La Rioja. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de Nariño. Docente Tiempo Completo, Departamento de Humanidades, Universidad CESMAG. Correo electrónico: jonasif@unicesmag.edu.co

Lo que pase en relación con él y se diga de él queda entre nosotros. El duelo ha comenzado en este punto. ¿Pero, cuándo? ese cuando retrospectivo en el que Heidegger (1927) nos recuerda que la muerte es parte de nuestra condición humana. Antes de la muerte sin duelo y sin frase, antes de esa muerte ante la cual nada tenemos que decir y es imperativo el silencio ininterrumpido que permita la interioridad de esa imagen de aquel hombre hablante y no revelado, y sin embargo manifiesto, tendido en esta presencia de quienes han debido habitarlo: sus seres más próximos y queridos. Por eso, mantenerlo vivo y en sí es el mejor reflejo de la probidad que se perpetúa como la figura de un espíritu generoso, de bondades inquebrantables, lecciones aprendidas sin violentar ni siquiera los pliegues ni las reservas, con esa claridad que emanaba siempre de sí y que mantendrá invisible a su manera. Por él, para él, despliego estos pensamientos. Esto significa, no otra cosa, que pienso en él y desde él. Lo que parecería decir que quisiera arrancar de mi memoria y con incrédulo fondo refinado mis pensamientos para dárselos, destinárselos. Mas, sin embargo, y citando a Mier (2013), "la nostalgia de la muerte no se ofrece sino como un consuelo ante la impotencia de la memoria, es la derrota de la palabra ante lo inabismable de la desaparición" (párr. 1).

El Resplandor como Recuerdo Previsible

Lo que ha ocurrido una vez y lo que no se repetirá jamás, la muerte, debe superarse por una proyección poderosísima de lo vivo. El resplandor, lo que me punza, es el descubrimiento de esta equivalencia que me arraiga con la categoría de lo absoluto, de ese referente único por otro que es aun otro instante, completamente otro y aun el mismo. Los más cercanos no dicen sino lo que les fue más próximo, no lo lejano que se afirma en esa proximidad; yo, me encuentro en esa lejanía que acaba cuando cesa la presencia. Como diría Lévinas (1961), la muerte es el rostro del Otro, lo que nos separa de él y nos hace ser quienes somos. Entonces, ¿cómo aceptar hablar de Raúl Armando? ni como elogio, ni por el interés de alcanzar alguna verdad. Las raíces de su carácter, los episodios de su vida entre la salud y la enfermedad, no pertenecen a nadie porque no hay testigos. Incluso, se puede callar hablando, porque solo puedo emocionarme desde la alteridad sin relación y diferencia.

Vuelvo a lo punzante, el resplandor de ese Otro irremplazable, lo que ha sido, y ya no será jamás, y que retorna como aquello que nunca volverá, marca el regreso de Raúl Armando en la imagen transportada por su voz, el timbre, las formas de su atención y de su distracción, su manera cortés de estar aquí o allá, en definitiva, de lo irremediadamente imposible. En este punto, no me queda más que acercarme a la filosofía como una ficción suplementaria, porque es fatal, justo o injusto, que "para la meditación filosófica la muerte es siempre un horizonte [que emerge] con la fuerza sofocada del vacío" (Mier, 2013, párr. 2), donde el silencio y el resplandor se presentan como un abrigo de lo intolerable. Por eso, para Derrida (1991), como se cita en Mier (2013), "la filosofía se enfrenta a su incapacidad para dar nombre y palabras a la muerte de aquellos a quienes se ha amado" (párr. 3), "de una hospitalidad baldía" (párr. 16).

Lugar de Asombro y Cuestionamiento

Pero, la puesta en cuestión no implica solo el exilio y la incertidumbre del duelo y la muerte; es, en principio, acogida y hospitalidad del Otro absolutamente Otro que, en la memoria indiscutible de cada individuo, ha sobrevenido el honramiento de la vida y del legado de un ser que ya no está. Indiscutible para Lévinas (1986) afirmar que, es el rostro del Otro lo que nos interpela y nos exige una respuesta ética, en la medida en que la muerte del Otro nos confronta con su ausencia, pero también nos da la oportunidad de acogerlo en nuestra memoria y honrar su legado.

Por esto, es que, en el lugar del asombro y el cuestionamiento, la memoria se convierte en un refugio y en un acto de resistencia, frente a un aire cada vez más denso, atormentado y poblado de espectros. Rememorar al ser querido que ha partido es mantener viva su llama, desafiando la oscuridad de la ausencia. Es un acto de amor que nos permite seguir conectados a él, a pesar de la distancia insalvable que la muerte ha impuesto.

Sin embargo, la generosidad del lenguaje que despliego con aliento y acogida me permite, de modo singular, "la identificación con el duelo de los otros" (Mier, 2013, párr. 4), aun consciente de la imposibilidad de aprender del sentido de su vínculo real con su única e invariable existencia, que, con "esperanza inútil de que el dolor ceda ante la obstinación de la vida" (párr. 4), se convierte en un síntoma de pulcritud mental en el que las fronteras entre las cosas estén bien demarcadas.

Descansa en paz, querido Raúl, sabiendo que tu memoria vivirá en quienes supieron habitarte para siempre.

Referencias

Derrida, J. (1991). *Dar la muerte*. Editorial Paidós.

Heidegger, M. (1927). *Ser y tiempo*. Editorial Universitaria.

Hernández Arteaga, R. A., Acosta Díaz, S. E., Guerrero Yela, O. Y., Rojas Vergara, E., & Enríquez Martínez, S. (2007). *Teleología institucional: Hacia el futuro deseable*. Institución Universitaria CESMAG. <http://repositorio.unicesmag.edu.co:8080/xmlui/handle/123456789/74>

Lévinas, E. (1961). *Ética e infinito*. Editorial Trotta.

Lévinas, E. (1986). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Editorial Sígueme.

Mier, R. (2013, 6 de marzo). *Derrida: Los nombres del duelo, el silencio como claridad*. Sociedad de bibliófilos chilenos. <http://sociedaddebibliofiloschilenos.blogspot.com/2013/03/los-nombres-del-duelo.html>.